

¿POR QUÉ INVERTIR EN INVESTIGACIÓN?

Introducción a los actos del Seminario “Cuarto Mundo: ingresos y necesidades esenciales”, organizado en colaboración con el Servicio de Distribución de Ingresos de la Organización Internacional del Trabajo (Ginebra) los días 9 y 10 de noviembre de 1978 en Pierrelaye (Francia).

Al organizar este seminario sobre la pobreza persistente bajo los auspicios de la Organización Internacional del Trabajo¹, el Instituto² de Pierrelaye reanuda una antigua tradición de casi veinte años.

En efecto, el Movimiento ATD Cuarto Mundo tomó en 1960 la iniciativa de reunir a investigadores de todo el mundo para tratar la cuestión de la pobreza.

A aquel primer coloquio siguieron enseguida otros dos, organizados en la UNESCO, en 1961 y 1964³.

Del coloquio en la UNESCO de 1964 nació la “Comisión Permanente de Investigación de la Pobreza”, que reunía ya entonces a investigadores franceses, daneses, noruegos, del Benelux y de Estados Unidos.

¿Por qué, a pesar de la escasez de nuestros medios, hemos buscado tanto a los investigadores desde los primeros días del Movimiento?

Teníamos un doble objetivo.

Primero, poner en evidencia, mediante las investigaciones apropiadas, la persistencia de la pobreza, incluso de una pobreza extrema, en países que, en aquella época, estaban más que convencidos de haber acabado con esta lacra.

En segundo lugar, renovar la propia investigación de la pobreza, renovar sus hipótesis, sus temas, toda su metodología. Se buscaba que fueran más capaces de explicar la realidad de la pobreza para inspirar la política y la acción sobre el terreno.

Partiendo de estas dos ideas, en aquellos años sesenta se abría un largo camino que recorrer. Ya en 1964, cuando organizamos el segundo coloquio en la UNESCO, numerosas instituciones públicas invitadas a participar en aquella ocasión nos dijeron que no le veían ningún interés. ¿De verdad aún existía la pobreza en las sociedades occidentales del bienestar? Como mucho se admitía la presencia anacrónica –el retraso, podríamos decir– de algunas “bolsas de pobreza”.

Al menos hasta 1968 predominaron las ideas de Galbraith⁴ sobre una pobreza residual que podrían absorber algunas medidas complementarias de bienestar.

Por tanto, nuestro Movimiento se encontraba desfasado respecto de las corrientes de pensamiento y la lucha de los hombres de la época. Se encontraba en una tierra de nadie del ser humano, en la que no había ni fuerzas sociales ni fuerzas políticas, puesto que dominaba la certidumbre de que se trataba, en todo caso, de vestigios del pasado y de que la palabra “pobreza” sólo tenía sentido en el Tercer Mundo.

Nosotros proclamábamos la pobreza, sobre todo la pobreza extrema, a la que llamábamos “exclusión” o “condición subproletaria”, las proclamábamos como realidades sociales inherentes a las estructuras y a los

¹ OIT.

² Instituto.

³ Coloquios.

⁴ Galbraith.

propios mecanismos de nuestras políticas y nuestras instituciones del bienestar; nosotros librábamos el combate de la vivienda, de la escuela, del derecho a lo espiritual, con unos hombres a los que se consideraba casi extraterrestres. Y esto hasta el punto de que nuestra intervención parecía marcada por la mala fe.

Queríamos también renovar la investigación para transmitirle intuiciones, cuestiones, enfoques que la conectaran mejor que hasta entonces con la realidad social y política. Y es que, por distintas razones, el mundo de la investigación también estaba ciego y se dejaba llevar en una bifurcación de la historia olvidando a esta parte de la humanidad que no había podido sumarse a la realidad obrera y a la lucha del mundo de los trabajadores.

Podría decirse que los primeros investigadores no temieron las iniciativas originales, en especial la de insistir en la presencia, en su Comisión permanente, de hombres y mujeres de acción, testigos diarios de la realidad de la existencia en las zonas de pobreza de nuestros distintos países.

No voy a extenderme en los detalles de aquellas primeras iniciativas de encuentros científicos internacionales de ATD Cuarto Mundo. De entre los éxitos y los fracasos sólo quiero recordar algunas lecciones que nos marcaron muchísimo.

Ante todo, gracias a la presencia de un puñado de investigadores cualificados conseguimos, a pesar de todo, una victoria, en particular con los coloquios de 1961 y 1964. Después de aquello no volvimos a oír el mismo discurso que antes. En la práctica se transformaron las relaciones de nuestro Movimiento –protagonista de un nuevo enfoque de la condición subproletaria– con las autoridades públicas. Ya era posible el diálogo, porque se había mantenido un debate científico internacional serio en presencia de representantes de ministerios, como los de Educación Nacional, Justicia, Interior, Sanidad Pública y algunos otros. Por otra parte, la repercusión fue notablemente mayor y notablemente más tangible el impacto concreto en Francia, donde todas esas instancias podían hacerse oír con más facilidad que en otros países en los que también estaba implantado nuestro Movimiento.

Para nosotros era evidente que debíamos continuar, ampliar y multiplicar las ocasiones para diálogos científicos, inteligibles y útiles para los políticos. Ésa era nuestra idea cuando creamos la “Comisión permanente de investigación de la pobreza”, que debía convertirse en elemento motor de tal empresa.

Sin embargo, fracasamos en este punto, y nos pareció importante comprender la sencilla historia de este fracaso. Nuestra Comisión tuvo la suerte, o tal vez la desgracia, de llamar la atención de la Asociación Internacional de Sociología⁵. Esta asociación nos abrió sus puertas y nos ofreció ser un grupo de trabajo permanente que podría, en un futuro cercano, convertirse en Comité de investigación permanente.

Tal vez nuestro error fue pensar que la seguridad y el prestigio de la Asociación Internacional de Sociología eran preferibles a la soledad y la inseguridad que, por otra parte, garantizaban la independencia y la originalidad de nuestra Comisión.

Más tarde experimentamos todo el peso de la tradición que ahoga la originalidad y todos los peligros de lo que habíamos denominado “la selección”, un deslizamiento hacia arriba que hace que, partiendo de la pobreza extrema, uno se desplace imperceptiblemente hacia realidades menos difíciles porque son más cercanas y que, analizando las desigualdades, uno crea llegar a lo más importante porque es mayor el número de ciudadanos incluidos en el análisis.

Es preciso reconocer que nosotros mismos no nos sentíamos a gusto en un ambiente que, por lo demás, era muy agradable, con la mezcla de ideas características de las grandes reuniones de sociólogos de todos los continentes. Pese a todo, aguantamos mucho tiempo, gracias a la excelente presidencia de nuestro amigo el profesor S. M. Miller⁶. Pero progresivamente fuimos viendo cómo se desalentaban todos los investigadores de los primeros momentos.

⁵ AIS.

⁶ Miller.

La motivación, la importancia y el diálogo estimulante con quienes vivían la realidad de la pobreza en carne propia fueron desapareciendo poco a poco. Habíamos elegido la seguridad, pero habíamos perdido la innovación, el entusiasmo, la militancia.

Sin embargo, a través de toda esta lucha y esta experiencia, el Movimiento vio afirmarse su vocación científica y se dotó de una doctrina de investigación. Fue un trabajo que hizo de cada militante un coleccionista de conocimiento, un detector de pobreza, un emisor de propuestas basadas en el conocimiento exacto de las realidades.

Aunque habíamos querido convertirnos en un Centro de Documentación, aquellos coloquios nos enseñaron que era preciso ser un Centro de Investigación y Estudio.

La iniciativa que nos permitió llevar a cabo una instancia de la OIT los días 9 y 10 de noviembre de 1978 habría de ayudarnos a recuperar el pasado, a recobrar aquella primera motivación, que era contribuir de un modo concreto a la desaparición de la exclusión.

También tendríamos que renovar el diálogo entre quienes viven la realidad y quienes, por su disciplina científica, pueden explicarla y quieren aprender a explicarla con enfoques expresados en un lenguaje útil para logros concretos, locales y globales.

Ya sabéis que para nosotros este diálogo tiene más importancia por lo difícil que es y por lo escasamente que se produce. No es que no se instalara la rutina en la costumbre de reunir a investigadores, políticos y hombres de acción alrededor de una misma mesa, pero el investigador no tiene a priori razones para tomarse en serio las intenciones, observaciones e interpretaciones del hombre de acción. La acción puede hacer que pasemos al lado de la realidad vivida de la pobreza, igual que la investigación puede llevarnos a sobrevolarla. El hombre de acción sólo resulta fiable desde el punto de vista del conocimiento si es también un hombre que comparte condiciones de vida y está formado en la observación participante. Si esto se cumple —y es lo que quisieron ser todos los militantes permanentes de nuestro Movimiento—, el investigador tiene todas las ventajas para escucharlo e incluirlo desde el principio de sus investigaciones y mientras duren. Y no sólo como proveedor de hechos, sino como participante auténtico y crítico en el desarrollo del pensamiento de una investigación.

Desde la fundación de nuestro Movimiento, hace veintiún años, hemos asistido a una cifra incalculable de investigaciones sobre la pobreza en todo el mundo. Nosotros mismos hemos participado en un buen número de proyectos y, evidentemente, también hemos llevado a cabo nuestras propias investigaciones. Esta experiencia de veintiún años nos ha hecho comprender las dificultades de una buena investigación sobre la condición subproletaria, una condición que todavía no se ha integrado nunca debidamente en el pensamiento sociológico y que está tan lejos de cualquier realidad que pueda imaginar quien ha tenido el privilegio de una formación universitaria. Aprendimos que la primera garantía de un enfoque de investigación eficaz es la circulación, diría yo que en pie de igualdad, entre el investigador y quien es día a día testigo de la realidad vivida.

Si el investigador lo acepta, puede convertirse él también, sin abandonar su papel de investigador, en auténtico portavoz de la realidad y, de este modo, en auténtico militante contra la peor de las injusticias.

Escribo estas cosas con toda sencillez, como hombre de la realidad de la condición subproletaria en la que nací. Manifestando estas expectativas a los científicos, como responsable de un combate contra la pobreza extrema, hablo en nombre de todos los que necesitan que los investigadores más cualificados se unan a ellos para traducir a otro idioma la realidad que ellos viven.

Los investigadores tienen una responsabilidad con Cuarto Mundo

- porque tienen la capacidad de comprender,
- porque pueden sobrevolar el universo ordenándolo.

Pueden ayudarnos a derruir el muro de la falta de instrucción, a conectar la vida del hombre subproletario con la de todos los hombres.

Privado de la posibilidad de comprenderse a sí mismo por la limitación inmediata de la miseria, el rechazo de su historia y su pensamiento, la manipulación y el control de su vida por intereses que no son los suyos, Cuarto Mundo queda al margen de cualquier reflexión de calidad. Porque, ¿quién es más capaz que él de un pensamiento con mejor fundamento respecto de las necesidades esenciales?

Joseph Wresinski